

La casa del hombre que encontró el teléfono

La dirección apuntaba a una casa como cualquier otra. Un sol de mayo iluminaba la tarde, pero todas las cortinas y persianas permanecían cerradas. Por dentro, la vivienda estaba oscura y llena de polvo. Zafia no dejaba de toser.

Si quieres quédate afuera y yo recupero tu iPhone —le propuse.

Carraspeó, pero continuó agarrada de mi mano. Prefería que siguiera apretada a mí porque el lugar era ciertamente macabro.

Por el intercomunicador, el dueño de casa nos había dicho que camináramos hasta el fondo, por un pasillo. Fuimos con cuidado, sorteando los muchos adornos, lámparas, y muebles amontonados, cubiertos por telas, alfombras y tapetes con los que podíamos tropezar.

—No entiendo como alguien puede vivir así —susurró Zafia cerca de mi oído.

El hombre se encontraba sentado sobre un viejo sofá al final del pasillo en lo que parecía ser o haber sido alguna vez una sala. De cerca, observé que tenía arrugas y su quijada estaba cubierta por una barba que de seguro no había visto una rasuradora en años.

—¿Tú eres Zafia? —preguntó el hombre.

—Sí, y ella es mi novia a la que contactó —dijo presentándose.

—Encantado...—El hombre me extendió la mano que se la estreché con desconfianza.

Tras un momento de silencio porque no tenía caso charlar del clima con alguien así, señaló con el dedo y dijo:

—Allí está el teléfono, sobre la repisa con el globo terráqueo.

Con ganas de salir de ahí de una buena vez, nos apresuramos a pasar entre los montones de libros apilados en el suelo hasta llegar a la repisa que había señalado. Como yo era la más alta de las dos, levanté el brazo buscando el teléfono; toqué una capa de polvo y quizás algunos insectos muertos, pero finalmente, lo tenía entre mis dedos. El cristal de la pantalla se había estropeado, pero al manipularlo me di cuenta de que funcionaba bien; se abrió en una *app* con los datos personales de emergencia. Zafia debía haber estado manejando la bicicleta a tal velocidad que no se dio cuenta cuando se resbaló del bolsillo de su chaqueta de *jean*.

Le entregué el celular, pero mi novia tenía la mirada desviada. Su rostro mostraba una expresión que solo había visto en ella cuando supo que su abuela había muerto.

—Amor, mira, funciona bien... ¿cuánto le debemos, señor? —pregunté, intentando alejarnos lo más rápido posible de allí.

—No es nada —contestó el hombre.

Zafia intentó esbozarle una sonrisa de agradecimiento, pero no la pudo retener por mucho tiempo porque estornudó nuevamente.

—Pues entonces, no lo molestamos más, gracias por avisarnos que lo encontré —agregué atropelladamente.

—Hasta pronto —dijo el hombre.

Hasta nunca, pensé.

—Adiós —murmuró Zafia tosiendo.

Llegamos a paso rápido a la puerta y subimos cada una a su bicicleta.

—¿Estás bien? —pregunté porque parecía como si se fuera a desmayar—. Te ves pálida, ¿segura de que quieres seguir en la bici?

Asintió y al tomar el camino de regreso, empezó a contarme lo que había visto mientras yo buscaba su teléfono:

—...creo que había un bebé dormido... ¡Por dios! espero que solo haya estado dormido, en una especie de cuna. No podía ver bien entre tantas vejeces y basura...

—Es imposible que un bebé sobreviva allí —traté de que entrara en razón, pero ya sabía que cuando se le metía una idea en la cabeza era difícil distraerla.

—Lo sé, pero te juro que lo vi...o al menos eso creo...—dijo alterada.

Quería creerle...Ella nunca se inventaba historias, ni si quiera era buena para contar una anécdota o una peli sin revelar *spoilers*. Incluso yo lo hubiese hecho por divertirla un rato, pero ella no.

—Pensando que fuese así, ¿qué podríamos hacer? ¿Llamar a la policía? pero... ¿estás segura de que era un bebé y no un muñeco de esos que se ven tan reales que dan miedo?

—Lo estoy... —contestó.

Tenía lágrimas en los ojos y parecía que le costaba respirar.

—¿Y si es su hijo? O, ¿si tan solo se lo encontró y quiere entregarlo? Sabes, hay gente que deja niños en la calle o en la basura, pero se va a tardar porque no es tan fácil rastrear al dueño de un bebé como al de un iPhone —traté de bromear, pero me arrepentí al segundo.

—¡Cállate! —gritó histérica y tomó velocidad adelantándose.

Pedaleé más rápido para alcanzarla.

—Perdóname, por favor, no te enojés, solo estaba...eh...dime, ¿qué quieres que hagamos? —pregunté jadeando y con el pulso acelerado por haber avanzado tan rápido en esa última cuesta.

—No sé, regresar y encararlo —contestó segura—. Y si tú no quieres, iré yo.

Sabía que iba a terminar aceptando lo que ella quisiera porque estaba en ese punto de testaruda en el que no había vuelta atrás.

—No voy a dejar que vayas sola, ¿qué tal si es un asesino o violador? —dije.

—Si es así, ¿quién sabe que le podría estar haciendo al bebé...? —contestó.

Cuando llegamos ya casi había oscurecido, pero la casa tenía las ventanas despejadas y se veía iluminada. Convencí a Zafia de que me esperara fuera porque sabía que en ese momento no pensaba claramente y podría hacer cualquier cosa que nos metiera en problemas.

Me acerqué a observar por una pequeña ventana, cerca de la puerta trasera. Por dentro, la casa era otra. No había telas, plásticos, ni artefactos amontonados. En su lugar, se observaban alfombras de colores en el suelo y tapices bordados sobre las mesas. Lo que antes correspondía a un pasillo sombrío, estaba adornado por candelabros enormes y espejos largos, dando el aspecto de un gran salón de un palacio o mansión antiguos.

El hombre que habíamos visto temprano se acercó dando vueltas con una pequeña niña en brazos; se lo veía más joven, estaba afeitado y llevaba traje. Una mujer elegante se les unió al son del tocadiscos que se encontraba sobre un velador. Tenía un vestido largo negro, joyas plateadas y el cabello recogido.

Como no quedaba nada que cubriera su visión a la ventana, el hombre notó mi presencia. En ese momento, se me vinieron miles de ideas a la cabeza de la excusa que le iba a dar, pero abrió la puerta y al reconocerme, pareció no extrañarle que estuviera allí de nuevo.

—Las estábamos esperando, ya están por llegar los invitados —dijo.

No entendí a que se refería; me miró fijamente y aunque sabía que no era buena idea, sentí que debía seguirlo. En ese momento, la mujer con el vestido largo terminaba de colocar unas copas enormes sobre la mesa que estaba tendida.

—¿Por qué no te sientas? —dijo y dirigiéndose a su marido, agregó—: ¿Cariño, te veo un momento en la cocina?

Me acerqué a la puerta para escucharlos.

—Es B positivo, ¿no? —preguntó ella.

—¡Qué buen olfato tienes! —dijo el hombre.

—Bueno, no es tan corriente como para la entrada —contestó ella—. ¿Y estás seguro de que la otra si es...?

—Seguro de que es O negativo, lo vi en su celular —interrumpió él.

—Espero que no te equivoques y que no sea como la última vez...no puedo creer que me hayas dejado servirle O positivo a los del club...

Se escuchó un sonido y me fijé que la niña había estado jugando con el mantel y que, sin querer, botó un cenicero al suelo. Me sonrió y pude ver que, aunque no le salían todos los dientes aún, tenía los colmillos más afilados de lo normal. Se escucharon los pasos de sus padres que se acercaban y en segundos logré salir de la casa.

—Vámonos, ahora —grité para que Zafia me escuchara y nos subimos a las bicicletas.

En el camino de vuelta, le conté lo que había sucedido porque casi sentía que mi memoria lo quería borrar.

—¿No me creías y ahora dices que eran...vampiros pijos? Lástima que no lleváramos gas de ajo o una cruz...—dijo.

—No te burles...—contesté tratando de retener el recuerdo, aunque empezaba a parecer producto de mi imaginación—. Prefiero creerlo que tener que ir a denunciar a un loco secuestrador de niños que dices que viste a la comisaría.

Con cara de resignación y esbozando una sonrisa que se me hizo fingida, Zafia propuso:

—¿Qué tal una carrera?

Se alejó de mí pedaleando rápido. Cuando doblé la esquina, una neblina aletargante cubrió la calle y no la encontré más. Creía saber a dónde iría, pero sentía como si mis piernas me obligaran a continuar el camino a casa y mi estómago me recordara que era hora de cenar.